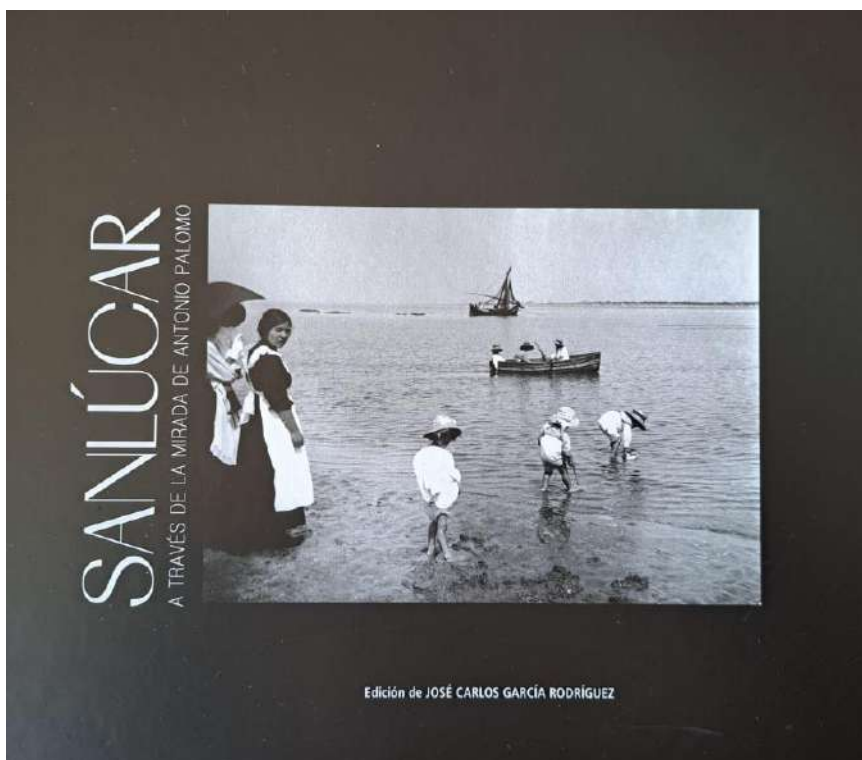


SANLÚCAR A TRAVÉS DE LA MIRADA DE ANTONIO PALOMO

José Carlos García Rodríguez. Edita: Asociación Sanluqueña de Encuentros con la Historia y el Arte (ASEHA). Santa Teresa Industrias Gráficas. Encuadernación: rústica. Sanlúcar de Barrameda, 2023 [239 páginas]
ISBN: 9788412617719. ISBN-10: 8412617711.



Óscar Franco
Fotógrafo
Cátedra de Estudios Históricos
“Guzmán El Bueno”

Antonio Palomo, un mago de la luz que encontró en Sanlúcar una luz mágica

En la segunda mitad del siglo XIX, cuando la fotografía empezaba a dar sus primeros balbuceos, irrumpe en España el francés Jean Laurent, un fotógrafo que con su carruaje en el que transportaba su laboratorio recorrió nuestro país capturando imágenes, hoy

míticas, de un enorme valor histórico y antropológico. Iniciado el nuevo siglo aparece por nuestra geografía Kurt Hielscher, un fotógrafo alemán que huía de la Gran Guerra y que llegaría a inmortalizar con su cámara muchos de nuestros pueblos, su fiestas, sus costumbres, paisajes y tradiciones, dejando todo ello reflejado en su libro *La España incógnita* editado en el año 1921. Laurent y Kurt, sin ser españoles, fueron los grandes propulsores de la fotografía en nuestro país.

Algunos años más tarde aparece el fotógrafo español José Ortiz Echagüe, quien se inspiró, según propia confesión, en el trabajo fotográfico de Hielscher, y a quien la revista *American Photography* le llegó a considerar en 1935 como uno de los tres mejores fotógrafos del mundo, dejándonos magníficas obras impresas en sus libros *España, Tipos y Trajes* (1930), *España, Pueblos y Paisajes* (1939), *España Mística* (1943) y *España, Castillos y Alcázares* (1956).

Al finalizar el siglo XIX, cuando Antonio Palomo se inicia en la afición fotográfica en su Jerez natal, la fotografía requería de un profundo conocimiento técnico, del correcto y complicado uso de los productos químicos para el revelado y del comportamiento de la luz, conformando una actividad muy alejada a la que hoy nos es tan familiar gracias al avance de la tecnología y a la fotografía digital puesta al alcance de todo el mundo permitiendo hacer fotos con mucha facilidad, pero en aquellos años la realidad fotográfica era bien distinta.

Sin duda, Antonio Palomo González debió sentirse fascinado por la belleza y el atractivo de la Sanlúcar de principios del siglo XX en donde se establece y que ya había captado la curiosidad de no pocos fotógrafos como conocemos gracias a la gran cantidad de editoriales y librerías (Gascón Domenech, Ed. Hauser y Menet, librería Eguilaz, Ed. Thomas, Ed. Arribas...) que

editaron un buen número de fotografías que quedaron perpetuadas en una importante producción de postales. Los paisajes del entorno de Sanlúcar, su gente, el ambiente urbano, el patrimonio monumental y la luz hicieron que la ciudad fuera idealizada por el visionario y experimental fotógrafo jerezano.

Antonio Palomo tuvo que haber estudiado en profundidad a muchos de los grandes pioneros de la fotografía ya que en sus propias obras demuestra una gran maestría tanto en su realización como en el revelado de las mismas. Gran parte de su producción fotográfica las realizó en cristales negativos y positivos en estéreo, es decir un doble positivo para visualizarlos en el estereoscopio, aparato inventado en 1849 para motivos científicos, muy concretamente para investigar problemas de visión. No es casualidad que a Palomo le gustase ese tipo de revelados, ya que al introducir los cristales en aquel aparato se creaba una imagen tridimensional, todo un prodigio en aquellos años.

Antonio Palomo no paró de estudiar y avanzar en sus conocimientos fotográficos y tanto es así que sobre la primera década del pasado siglo empieza a fotografiar en color, una técnica revolucionaria a la vez que complicadísima, el Autocromo, inventada en Francia en 1907 por los hermanos Auguste y Louis Lumière, considerado como el primer proceso de esta técnica que requería mucho más tiempo de exposición y un exigente

revelado. Que nuestro fotógrafo, muy pocos años después de la invención de los Lumiere, llegara a conocer esta técnica y que la utilizara con gran maestría en una Sanlúcar de principios de siglo XX nos dice mucho de su capacidad de aprendizaje y de sus avances en el estudio de la fotografía.

Es de justicia mencionar a otro fotógrafo, en este caso sanluqueño de principios de siglo XX, como fue Enrique de Movellán, quien tomó sin duda la antorcha de Antonio Palomo. Fueron muchas obras las que Movellán nos dejó, aunque por desgracia su producción se encuentra muy dispersa por diversos archivos. Esa pasión por la fotografía de Enrique de Movellán la hereda su hijo Angel María, también sanluqueño, quien trabajó durante muchos años para la agencia Efe y que tuvo el privilegio de haber sido el primer fotógrafo español en publicar una fotografía para ilustrar la portada en 1976 del *The New York Time*.

Teniendo la suerte de haber podido participar en el proyecto de edición de este libro sobre la obra sanluqueña de Antonio Palomo y tras visitar su archivo y ver físicamente los negativos en cristales realizados por el fotógrafo jerezano, comprobé el sorprendente conocimiento y la técnica que atesoraba.

Palomo ha sabido inmortalizar como nadie la Sanlúcar de principios del siglo XX. Toda fotografía requiere tiempo para analizarla y comprender

qué ha querido transmitir el autor. En el caso de la obra de Palomo es para pausar el reloj, ya que nos traslada en el tiempo, y con el paso de los años adquiere aún más importancia ya que su obra está repleta de mensajes de la sociedad sanluqueña de esa época. La fotografía de hoy ha perdido sin lugar a dudas la magia de esos años, cuando la inmediatez de ver el resultado de la toma era imposible ya que se elaboraba y se disfrutaba con el proceso del revelado y existía esa ilusión por ver el resultado de la obra en negativo, positivado, pasarla a papel... ¿Qué pensarían nuestros paisanos al ver a Antonio Palomo transportando una caja de madera con una lente y su exposímetro midiendo la luz? Sus caras de asombro y curiosas han quedado reflejadas en muchas de sus fotografías. La mayoría de sus fotos, en cuanto a técnica, son maestras. Increíblemente, los blancos aparecen muy controlados, sin sobreexposición, velocidades de obturación altas, inmortalizando la acción cuando la situación lo requería, detalles en las zonas sombrías y unas reglas de encuadres que manejaba con mucha soltura.

Estamos de enhorabuena con la publicación de este libro monográfico de Antonio Palomo, con el se le hace justicia ya que como hemos anticipado sobre Kurt Hielsher o Echagüe, éstos editaron libros monográficos de su obra fotográfica, y nuestro fotógrafo se merece este precioso trabajo y tributo hacia su persona y obra. Con lo cual agradezco a todas las personas que lo

han hecho posible en especial a su autor José Carlos García Rodríguez, al propietario y guarda celoso de tan maravilloso archivo fotográfico, Francisco Lozano Romero, y a la Asociación Sanluqueña de Encuentros con la Historia y el arte (ASEHA) por la edición de esta obra.